

Nada nuevo bajo el sol

Literatura, imagen y juego.
Lectores, espectadores y
jugadores. Leer, mirar, jugar



*Andrés Racket**

Unos veinticinco siglos atrás, Gorgias escribió en Atenas su breve *Encomio de Helena*, quizá la obra que de manera más acabada expresó para su época el divorcio entre el lenguaje y lo real. El texto finaliza con la afirmación de que se trata solo de “un jueguito personal”. Desde aquel momento, por lo menos, si no acaso antes, nació la consciencia de que habitamos un mundo de lenguaje que simultáneamente oculta eso opaco e ignorado que llamamos “realidad”. La literatura y las artes en general, la filosofía, el cine en tiempos más cercanos, han trajinado el tópico incansablemente explorándolo desde ángulos variadísimos, incluidos los más banales y los que nos conducen a sopesar las barbas con gesto preocupado y severo. Podríamos quizá ensayar la idea de que esa toma de consciencia inicial fue una suerte de salto, si no evolutivo, histórico. Tal vez un filósofo podría escribir la historia de esos saltos en los que adquirimos mayor, mejor o más precisa y completa consciencia de que estamos hechos de lenguaje. Esa historia comenzaría, en efecto, en la Atenas del siglo V a. C., abarcaría hechos y obras de naturaleza sumamente diversa y finalizaría, quizá, con las grandes filosofías del siglo XX: Heidegger, Foucault, Derrida.

* Licenciado en Letras (UBA). En la UNPAZ, profesor adjunto de Literatura y Pensamiento (Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual y Licenciatura en Producción y Desarrollo de Videojuegos), profesor adjunto de Subjetividades, cultura y tecnología (Profesorado de Inglés y Profesorados de Educación Especial) y profesor del Ciclo de Inicio Universitario.

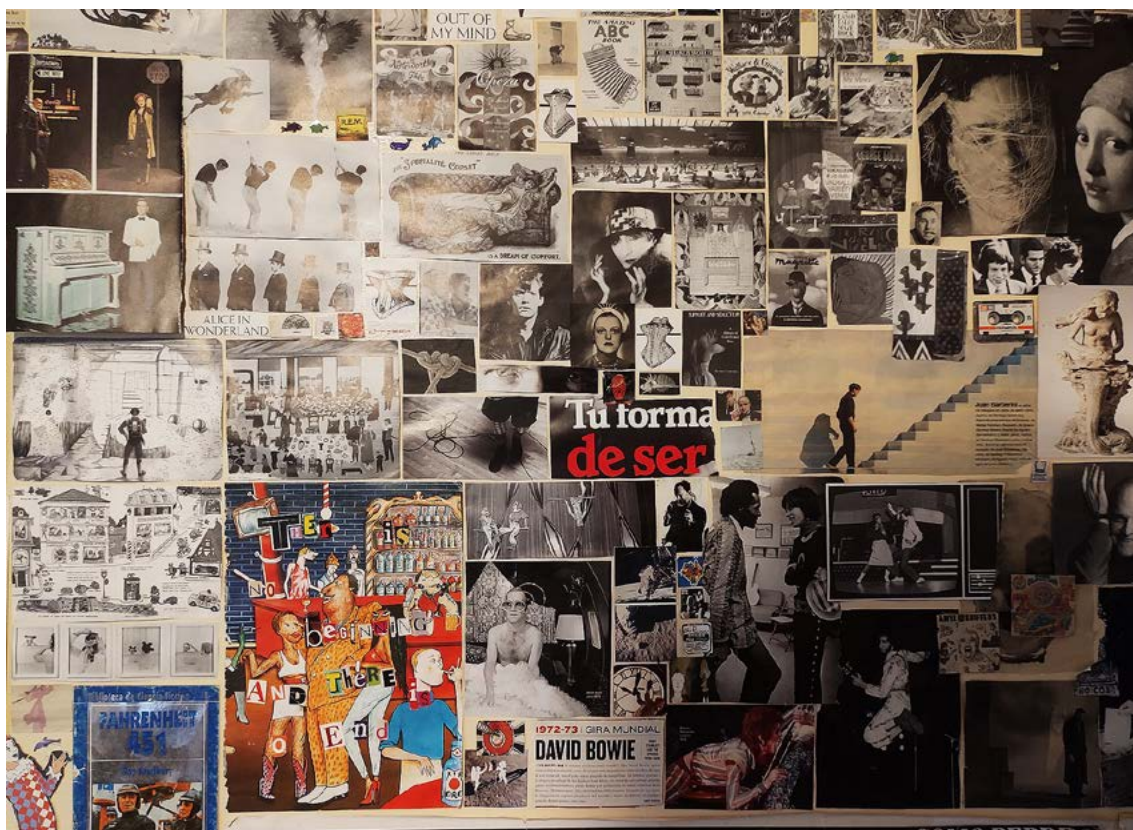
El entusiasmo desmesurado por los cambios impresos en nuestras vidas por la revolución científico-técnica de las últimas décadas del siglo XX parece haberle dado ímpetu feroz a la idea de que las nuevas tecnologías, con internet en el centro, habrían introducido modificaciones de naturaleza tan profunda que constituirían ya no un salto en nuestra consciencia sobre el lenguaje (lo que ya resultaría notable) sino un impacto tan considerable que podría cambiar el lenguaje mismo. Es decir, cambiar verdaderamente el mundo y cambiarnos a nosotros, *modificar la forma en que narramos*. Vanidades del neoliberalismo, que cree haber traído algo nuevo bajo la luz de nuestro antiguo sol.

No puede negarse que ciertos avances técnicos tienen un tipo de impacto sobre nuestras vidas que podemos denominar “total”. Tenemos particular percepción de ello desde que la invención de la máquina de vapor condujo a un aceleramiento de la velocidad de las comunicaciones y de la producción de bienes que, de manera paulatina, modificó totalmente la forma de nuestras sociedades. Sin embargo, ni siquiera un cambio de esta magnitud, que tuvo entre sus consecuencias, por ejemplo, nada menos que la fundación de los Estados nacionales modernos europeos en manos de las nuevas burguesías, cambió realmente el lenguaje, en el sentido de modificar de alguna manera central nuestra manera de narrar. Tampoco sucedió con las revoluciones industriales posteriores. Cada época abraza sus propias narraciones, pero aquello en lo que consiste el narrar no se modifica.

La actual revolución científico-técnica parece haberle puesto fin al mundo del trabajo, al menos tal como se lo concibió en el mundo moderno, lo que implica, entre otras cosas, torsiones profundas en la concepción del rol del Estado moderno. La crisis es de nivel planetario. Se adivina que estamos en medio de una transición, quizá, de la magnitud de la que produjeron esas otras revoluciones industriales previas.

Sin embargo, han pasado ya unas cuantas décadas desde la invención de internet y los lingüistas coinciden en que esa novedad no modificó de ninguna manera verdaderamente sustancial (es decir, más allá de la adopción de algunas decenas de nuevos términos) ninguna lengua. Las nuevas formas de comunicación, como el *chat*, se han estudiado como una zona intermedia entre lo oral y lo escrito. Los resultados de esos estudios indican que las variaciones que se observan en el lenguaje en este tipo de comunicaciones son claramente asimilables a las propias de la oralidad. La idea de que, por ejemplo, los videojuegos en línea y en red contienen posibilidades narrativas inexploradas resulta, en el mejor de los casos, dudosa. De hecho, las posibilidades de la narración con múltiples autores que la producen en forma casi simultánea fueron exploradas por movimientos que hoy han sido ya incorporados por la tradición, como las vanguardias del siglo XX. Sin ir muy lejos, un juego inspeccionado por los vanguardistas como el “cadáver exquisito” interroga esa posibilidad. La idea de múltiples recorridos narrativos posibles está presente tanto en *Rayuela* de Cortázar como en los volúmenes simpáticos de *Elige tu propia aventura* de mi adolescencia temprana.

Esto no significa que el lenguaje permanezca imperturbable ante estos y otros eventos, pues, a decir verdad, el lenguaje no hace más que cambiar. Lo que sucede, en todo caso, es que la historia queda registrada no solamente en tanto conjunto de ciertas narraciones sino también en el cambio lingüístico mismo, pero esto no quiere decir que se modifique la naturaleza del lenguaje o, lo que sería lo mismo,



Gentileza de Ema Racket.

sus capacidades narrativas, pues las narraciones siguen teniendo carácter sucesivo, suceden inevitablemente en un tiempo y en un lugar, y son breves.¹ De tanto en tanto se produce, naturalmente, un suceso que, por así decir, pone en peligro la narración, explora sus límites, se lanza a errar por fuera de las seguridades de la construcción tradicional de sentidos. Por mencionar ejemplos: Beckett o el cine surrealista, ambos en el siglo XX, cada uno en forma diferente, prácticamente rompieron la comunicación. No fue, en ninguno de los dos casos, lo técnico, es decir el hecho de que tanto el teatro como el cine se constituyen como tales a través del aprovechamiento de ciertas posibilidades técnicas, lo que condujo a esas obras –y a sus lectores y espectadores– a esos territorios desconocidos sino el trabajo con el lenguaje mismo, ya sea el lenguaje teatral o el cinematográfico. Es la exploración estética la que produce esos sucesos que renuevan y ensanchan las posibilidades del lenguaje, no la técnica puesta a su servicio. Lo poético sigue siendo todavía hoy el fenómeno más sofisticado para atentar contra la narración.

El avance técnico, sin embargo, introduce posibilidades nuevas en términos de exploración estética. Cuando Benjamin se preguntó si la fotografía no cambiaba la relación que Occidente tradicionalmente establece entre copia y original, quizá la cuestión era la misma: ¿de qué manera la técnica

¹ No sé de ninguna narración extensa: todas las que he visto son combinaciones de narraciones breves.

abre nuevas posibilidades estéticas que eventualmente podrían inaugurar un cambio verdaderamente sustancial? El cine fue producto de un nuevo estado de la técnica. Por decirlo de otro modo: un nuevo y cierto estado de la técnica alcanzando el estatus de lo que comúnmente se llama “arte”, esto es, un nuevo y cierto estado de la técnica puesto al servicio de lo estético. Como tal, ha encontrado sus propios caminos para enajenar la narración, su propia poética, pero para ello se ha elevado inevitablemente por encima de la técnica que lo sustenta. No parece que el cine haya operado cambios sobre el narrar mismo, aunque sí ha producido obras que han abismado la narración, a su modo, tanto como algunas obras literarias o teatrales. El cine es, en todo caso, la producción estética que representa al capitalismo a través de la técnica en que se sustenta, su modo de producción. Lo bueno del capitalismo, cabe agregar.

La nueva revolución científico-técnica no parece haber alcanzado todavía ese estadio. Esto solamente sucederá cuando las nuevas tecnologías puedan ponerse al servicio de lo estético e incluso producir obras que abismen la narración, como muchas de las creaciones del cine en el siglo XX. No creo que el hipertexto sume realmente ninguna novedad a la narración: la lectura sigue siendo sucesiva. No es muy diferente a lo que sucede con una nota al pie o cuando un lector interrumpe la lectura de un texto momentáneamente para buscar un término en un diccionario. Es más vistoso, y quizá más práctico y veloz, pero no realmente una novedad en términos de estructuración de textos o narraciones.

No sé de ningún videojuego que pueda considerarse un producto cultural de elevado nivel estético. No dudo de que pueda existir; creo que todavía no se ha programado.

De la época neoliberal conocemos, por ahora, solo lo negativo. Cuando el arte se programe, si acaso eso sucede, habrá, quizá, alguna esperanza.